

Los planteamientos de la política afectan por lo general a la totalidad de la vida social. Las relaciones personales y colectivas de los sujetos en una situación histórica con las ideas rectoras o con los discursos y mitos políticos en que se apoyan las estructuras de poder, tiñen la universalidad de las acciones y reacciones políticas. Aquellas posiciones de participación, de obediencia, de sumisión, de aceptación o de rebeldía ante los juegos discursivos e imaginativos de los intereses o de las necesidades del ejercicio del poder, constituyen un manajo de problemas a los que la ciencia política se asoma apenas de un modo sistemático. Es que la política no sólo se nutre de acciones, sino también de representaciones. En lo que sigue expondremos algunos rasgos y tendencias del actual proceso histórico venezolano.

LA SIMBÓLICA DEL PODER

Desde el comienzo del actual régimen los venezolanos estamos en presencia de una confrontación política definida más que por una racionalidad —aquella que trata de imponer la lógica bolivariana— por una intensa carga afectiva que en ocasiones nos confunde. Al paso de los tres últimos años se han ido orquestando las más diversas emociones animadas por la puesta en funcionamiento de una nueva estructura de poder pero también por la pérdida del equilibrio de poderes característico de toda república democrática y pluralista.

Podría decirse que el gran protagonista de la llamada V república ha sido la manipulación simbólica. Lo cual no es otra cosa que la sustitución de los hechos y los planes programáticos oficiales por ciertos símbolos contruidos en torno a un líder supremo. El mesianismo, la encarnación bolivariana, la substancia popular son recursos retóricos de gran contenido anímico, actúan como sublevadores de las pasiones colectivas, pero también expresan una gran ambigüedad e imprecisión, en el sentido de que son tanto inclusivos como exclusivos. La tendencia mesiánica, depositaria de la voluntad popular, ha ido construyendo su propio lenguaje. Se han hecho familiares términos como “tierra sagrada”, “rendición popular”, “sólo Dios está por encima del pueblo”.

Sobre este lenguaje, el Presidente Hugo Chávez (HC) comenzó desde febrero de 1999 a desplegar un dispositivo simbólico que poco a poco ha formado una matriz de opinión y una referencia para la representación que los venezolanos se hacen del proceso en ciernes. Este dispositivo ha ido abriendo la brechas. A través de una lógica de la confrontación contra quienes no apoyan el proceso (“¡Oligarcas temblad!”) se ha intentado dividir al país entre pobres y ricos, oligarcas y patriotas. Promoviendo las diferencias, el discurso oficial ha convertido el odio social en capital político. Desde el poder no se dialoga, tampoco se matiza el rumbo ni se generan alianzas, se hace todo lo contrario. Si bien esta estrategia sepultó simbólicamente la llamada IV república (la surgida del Pacto de Punto Fijo), para dar nacimiento a la V repú-

Este artículo resume el argumento del libro “La función social del lenguaje Chavista”, del profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Los Andes, Luis Ricardo Dávila, el cual se encuentra actualmente en edición.

FOTO: PROGRAMA IMAGEN INSTITUCIONAL ULA



LENGUAJE Y PODER POLÍTICO LOS DOS CUERPOS DE LA REPÚBLICA

Luis Ricardo Dávila *

blica bolivariana y patriota, la sociedad no ha sucumbido ante tanto malabarismo discursivo.

PODER (Y DEBILIDAD) DE LAS PALABRAS

Comprender un régimen tan verbal como el actual implica ver lo que hace (o mejor lo que no hace) y obviar lo que dice. Todos los intentos retóricos por construir una nueva simbólica del poder muestran hasta qué punto el mito del caudillo mesiánico y redentor, símbolo de la pureza revolucionaria bolivariana, está hoy en día más vigente que nunca. A pesar de que la dislocación del caudillismo tuvo ciertamente lugar entre 1928 y 1948, los líderes populistas y sus partidos continuaron utilizando aquellos gestos y símbolos propios a los llamados caudillos históricos. El caso de HC no es una excepción, su vena militar se ha unido con la política. Le gusta compartir un par de funciones que antes estaban separadas: ser Comandante en Jefe y al mismo tiempo líder de las masas. Dentro de esta lógica, HC vendría a significar la emergencia de “un caudillismo de las masas, una masa-caudillo” (Pérez Oramas). El drama es que ambas cosas van raramente de la mano, tarde o temprano se tendrá que elegir una.

Hasta ahora ningún candidato que ofreciese lle-

var a cabo una revolución llegó al poder por la vía del voto (Guzmán en 1846, Hernández en 1897, Villalba en 1952). Si acaso alguno llegó por la vía de la insurrección armada (Crespo en 1892, Castro en 1899 o AD en 1945). Aquello que los liberales, los castro-gomecistas y los adecos-militares lograron por las vías *de facto*, HC lo logra por la vía democrático-electoral. En este sentido hubo quienes saludaron el triunfo de Chávez como “la primera vez que una elección representa un claro mandato revolucionario” (Olavarría). Es, entonces, novedoso que una supuesta revolución se exprese a través del voto. Queda por verse si su líder logrará llevar adelante las transformaciones que la incapacidad de los partidos tradicionales no lograron.

De esta manera HC y su gobierno se convirtieron en el símbolo de una promesa revolucionaria. Sus primeras palabras como gobernante abonaban la expectativa: “No tengo compromisos con nadie, ni en lo personal ni en lo político partidista”, “no voy a tomar decisiones bajo presión”. Su aparente amplitud política la expresaba señalando: “no voy a meterme en la designación de todos los cargos públicos”; mientras

que los términos del sesgo revolucionario eran: “vamos a comenzar la reconstrucción moral, política, económica y social del país”. No importaba que recién llegase al poder, para afirmar proféticamente “Yo creo que ya se siente ese nuevo tiempo”. Lo no dicho, lo que queda implícito es que ese nuevo tiempo (“todo ha cambiado”, “Venezuela es otra”, “todo está en el porvenir”, “tenemos revolución para 300 ó 500 años) es un regreso al pasado. Hasta ahora el proceso emite algunos signos que revelan que el país que está naciendo en el siglo XXI tiene grandes semejanzas con aquel del siglo XIX: “ironía demasiado profunda. Ironía que mueve a la imaginación para que esta mueva a la moral, y ambas, a su vez, animen en política el fracaso de la tradición civilista” (Castro Leiva). El voluntarismo discursivo del nuevo poder induce a creer que se está en presencia de una reedición secular del caudillismo político.

El nuevo poder “bolivariano” está formado de palabras, de retórica, de confrontación, de emociones ambiguas, de verdades absolutas (“tengo la razón, que los demás rectifiquen”). Si bien es cierto que en sus interminables discursos, HC nombra cada uno de los grandes problemas nacionales. En esto no hay novedad. Quienes le precedieron hicieron lo mismo. Todos han sido “maestros del diagnóstico” (Pérez Oramas). De manera que todo parece ser lo mismo: incumplimientos, sublevación de las emociones, relevos oligárquicos. Poco a poco se va haciendo claro el móvil fundamental de la historia venezolana: el poder, el asalto al poder. Lo que sí se ha hecho con la importante fuerza política que apoya al régimen es ocupar todos los espacios del poder. Nunca antes habíamos estado en presencia de un deseo tan desmesurado por penetrar y controlar todos los rincones de la sociedad. Y esto sería avalado por un pueblo que es la razón de ser de la revolución: “verdadero dueño de su soberanía”, “dueño de su propia historia”.

LA HORA DE LA SOCIEDAD CIVIL

De toda esta crisis y reajuste de la democracia venezolana ha ido surgiendo una sociedad sumamente compleja que ya no es posible entender desde las perspectivas tradicionales. En estos últimos meses sólo se habla, se escribe o se piensa concentrando la atención en el peculiar estilo de HC. Pero los problemas de Venezuela no comienzan ni terminan en su figura. A pesar de sus debilidades y fortalezas, él está muy lejos de haber creado todos los problemas del país. Esta actitud generalizada es consecuencia de la estructura maniquea que se ha venido adoptando y en la cual los medios de comunicación y ciertas élites han jugado un gran papel. O se está a favor de la nueva política o se está en contra. No hay punto medio. No hay ni capacidad ni voluntad para manejar alianzas estratégicas. Esta polarización oculta las grandes tendencias y complejidades de la sociedad y la política. Por veces se olvida que se ha ido construyendo una sociedad dividida por una abrupta brecha; que el populismo ha reforzado la dependencia del Estado paternal; que mucho

se ha dicho en materia de educación y poco se ha hecho; que por décadas se ha denunciado la corrupción sin ir más allá. Se ha ido formando una estructura, producto de todo un desarrollo histórico, cuya justificación la tratan de encontrar interesadamente algunos sectores en el estilo político del Presidente. Pero, las cosas no son así: “Chávez puede haber agravado unos cuantos de los problemas que padecemos pero está muy lejos de haberlos creado todos” (Piñango). Chávez y su proceso son al mismo tiempo que beneficiarios del drama histórico precedente, gestadores de un nuevo drama.

Frente a este panorama, y de modo paralelo, la sociedad civil (SC), el cuerpo organizado de los ciudadanos, viene generando nuevos mecanismos y formas para dar salida a problemas concretos que ni los partidos ni el actual régimen han sido capaces de resolver. Para algunos es una expresión de “madurez democrática” de la sociedad organizada, pero no se puede negar que esa madurez es —en buena parte— herencia de la conciencia ciudadana sembrada por el viejo sistema de partidos en cuatro décadas de hegemonía. Se creía a Venezuela un país despolitizado, cuya única expresión era un profundo malestar en relación a sus líderes y estructuras partidistas. Pero, súbitamente se ha manifestado una revalorización de la política, en la que ha participado la SC. El debate constituyente, algunas iniciativas legislativas o la resistencia cívica en acciones de calle son muestra de esto. Lo cual hace difícil que cualquiera sea el desarrollo de los acontecimientos futuros, la sociedad no participe en ellos. Con un perfil de clase media, la SC se comportaba más como cliente de un sistema que como el cuerpo organizado de los ciudadanos. Luego de la Constitución de 1999, que le definió un papel en la designación de varios de los poderes del Estado (artículos 62, 206, 211, 270, 279, 296, 326, etc.), le llegó el momento de practicar la ciudadanía.

Hay en esta confrontación un punto de gran importancia, porque si alguna hora le ha llegado a la SC es la de producir poder inmediato. Incluso sus representantes en la Asamblea Nacional podrían, en un momento dado, jugar un papel decisivo para inclinar una decisión. De allí el intento de control o presión por parte del Ejecutivo. Sin embargo, sería un contrasentido para la propia lógica de la SC dejarse absorber por el poder del chavismo pues dejaría de ser representación de intereses generales para convertirse en lo que fue en el pasado: un apéndice de intereses particulares. Si los venezolanos se han inclinado por una nueva salida histórica e institucional, hay que seguir adelante. Y el primer gran capital político a incrementar es el fortalecimiento de la SC y de la institucionalidad del Estado. Esta sería una estrategia que contrarrestaría el estilo de HC, la tendencia a la arbitrariedad, la inclinación militarista y la siembra del odio social.

*Profesor, Investigador, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, ULA.
E-mail: davilap@ula.ve

DIVIDIR PARA GOBERNAR

El lenguaje de HC y su “hormonal” incapacidad para construir consensos divide más aún a los venezolanos. Pareciera que su retórica aún no ha comprendido su función como Jefe de Estado. Cuando él habla, representa a la nación. Deja de ser el golpista, el militar, el héroe para encarnar la república. Cualquier cosa que diga o deje de decir afectará los intereses nacionales. Al observar la dinámica de la lucha política, pero sobre todo luego de los acontecimientos del 10D y 23E, podría decirse que la sociedad venezolana se halla dividida pero no de manera horizontal como lo buscaría el discurso oficial, sino verticalmente. Acaso encontremos a los más disímiles sectores sociales en ambos bandos, el oficialista y el de la oposición. Dentro de este cuadro, la SC ha de entender lo que HC ha significado para la historia del país. Él no tiene sustituto (!por ahora!). Su verdadero reemplazo será el que la SC ejerza en un futuro, fortalecida con nuevos liderazgos históricos, con una institucionalidad verdaderamente representativa y no manipulable por el poder, con una sociedad política formada por verdaderos ciudadanos democráticos y no por clientes del Estado. Todos éstos serían antidotos ante el fuerte personalismo que el país experimenta.

Más aún cuando se observa una ausencia de intelectuales orgánicos al servicio del proceso. El gran intelectual de la revolución bolivariana es HC. Es el único que esgrime de vez en cuando, entre insulto e insulto, uno que otro concepto. Es el único que dicta la pauta acerca de qué hacer, es quien crea escuelas de formación política, quien parece tener conciencia de que el proceso no puede seguir descansando sólo sobre sus espaldas. Por veces, decide sin previa discusión sustituir al MVR por el MBR-200. Para luego rectificar y decidir quedarse, no sin antes purgarlo, con el aluvional MVR. Pero es él quien habla, quien canta, es el dueño del discurso oral. De allí la necesidad de sus cadenas, de su entretenimiento verbal y escénico, de sus necesidades confrontatorias. Las cadenas bolivarianas son una forma superior del tedio.

Para escándalo de muchos, lo que han hecho los bolivarianos es convertir las pasiones en razones, las creencias en conceptos y la vehemencia ha sustituido la inteligencia. A la luz de estos tres años de proceso, lo que comienza a permear la política nacional es la necesidad de un nuevo sentido de la oportunidad histórica. Una prueba cabal de la penetración efectiva de la revolución bolivariana ha de basarse en el hecho de que la gente vaya olvidando los cuarenta años anteriores. ¿Es ésta la realidad del país? Definitivamente, no. Hoy en día está muy presente la situación antes de 1998. La democracia punto fijista puede ser pasada pero no superada. Cuando hoy el discurso oficial dice e insiste en que el país vivió una pesadilla de la que hay que sacarlo, parece una fantasía y, sin embargo, todos sabemos que fue una tremenda realidad. La velocidad y la forma como nos vayamos olvidando de aquella pesadilla, sería el rasero que mida la eficacia del horizonte abierto por el proceso bolivariano.